

Criónica (4ª parte y última)

J. P. Valverde



Image not found.

Capítulo 1

Puesto a buen recaudo el fiambre, a mí lo que me inquietaba de veras era la partida de Neus. La perspectiva de un invierno de aislamiento y soledad se me hacía intolerable. Ya me figuraba bajando todos los fines de semana a Lérida, perdido el interés por la escalada y los riscos, por las travesías glaciares y las veladas de amigos al estilo Walden.

La patrona pudo presumir de arte culinaria y dar salida a su excelente género, porque Neus y yo cenamos juntos y cenamos, claro está, marisco. Se había desatado una furiosa tempestad de nieve, que asolaba el Alto Aragón. Este empeoramiento renovó la antipatía de Neus por el frío y las incomodidades del monte. Quería volver a la ciudad y me invitaba a visitarla.

-¿Acompañarás a tu abuelo a Scottsdale?

-No, viaja con un agente de la compañía. En primera clase.

-¿En serio?

-Sí, el agente. Mi abuelo viaja en la bodega.

Me dijo que si su abuelo volviera a la vida, aunque fuese en otro cuerpo, lamentaría mucho la muerte de su hijo.

-¿Qué hijo?

-Mi padre.

-Vaya, lo siento.

-Murió de un infarto.

-En cambio, estaría muy orgullosa de ti: farmacéutica, independiente, guapa...

-Desde luego, soy un buen partido.

En nuestro reservado, junto a la chimenea, acompañados por el tranquilo Pelanas, charlamos y bebimos hasta pasada la medianoche. Cuando nos retiramos a las habitaciones, Neus me dijo en la puerta de la suya unas palabras en catalán que no entendí, pero que lógicamente interpreté como la antesala a una noche de pasión.

-¿Qué has dicho?

-Ah, perdón... Digo que si estuviera un poco más borracha, te pediría que entrases conmigo a tomar la última.

-A mí no me importa que estés sobria.

-*Fins demà, maco* -dijo escurriéndose adentro.

Pasé una noche horrible, revolviéndome en la cama, escuchando el ulular de la ventisca y el informativo de la radio, que avisaba de carreteras cortadas y pueblos aislados por la nieve, columnas del tendido eléctrico derribadas y montañeros extraviados en las cumbres. Solo me consolaba la esperanza de que la nieve retuviese a Neus en Yzaba, junto a mí, todo el invierno.

Alguien llamó a mi puerta a una hora intempestiva de la noche. Era Neus, en pijama, descalza, deslumbrándome con la luz de una linterna.

-Pensé que no estabas demasiado borracha.

-Se ha ido la luz.

-Es la ventisca. ¿Te da miedo la oscuridad?

-¿Puedo quedarme contigo?

Antes de meterse en la cama, dejó una bolsa en el suelo, una bolsa en la que no había reparado hasta entonces, pero que reconocí en seguida.

-¿Qué traes ahí?

-Nada.

-¿Y la cabeza?

-La he tirado. Se ha producido un corte de suministro eléctrico y dudo mucho de que mi abuelo sobreviva al apagón. Así que bajé a la despensa y me deshice de la cabeza antes de que se pudriera entre los langostinos. El pobre hombre jamás viajará a Scottsdale ni al futuro. No temas, la bolsa está vacía. Ven, abrázame.

Rodeado de sus brazos, aún le oí susurrar:

-Sin embargo, tú y yo nos hemos conocido gracias al viejo y a su anhelo de eternidad. ¿Te das cuenta? Esto que estamos haciendo ahora, amarnos, es la única posibilidad de ser eternos que existe. Gocemos de

este instante de eternidad... Bésame...

Cuando desperté a la mañana siguiente, Neus se había levantado ya, pero su calor, su hueco, su rastro permanecían entre las sábanas. Solo quedaba la bolsa de congelación abandonada en una esquina, como un paquete bomba que hace saltar todas las alarmas.

Reuní el valor de un artificiero, me acerqué al objeto sospechoso y comprobé que estaba vacío.

Neus me esperaba en el comedor, junto a la chimenea. Estaba recién duchada y sonreía, a mí me pareció que contenta, porque la ventisca la obligaba a permanecer en Yzaba.

La patrona, en cambio, estaba de un humor imposible. El apagón amenazaba con echar a perder sus langostinos. Y para colmo de males, alguien había arrojado unos huesos y restos de carne a Pelanas, el perezoso mastín, que dormitaba junto a la lumbre con el hocico sucio de sangre.